

JACOBO DACIANO EN TARECUATO

J.-M. G. le Clézio

Jean-Marie Gustave le Clézio, escritor francés contemporáneo nace en Niza en 1940. De padre inglés y madre francesa, sus orígenes se remontan a una familia originaria de Bretaña emigrada en la Isla Mauricio desde el siglo XVIII. En la búsqueda de un lenguaje que le permita expresar su bagaje íntimo y silencioso, Le Clézio inicia desde muy joven una carrera literaria prometedora. A partir del libro *Le Procès-verbal*, premio Théophraste Renaudot en 1963, surge al mundo literario con firmeza y discreción. Posteriormente en 1980 recibe el premio Paul Morand, distinción que la Academia francesa le otorga por la totalidad y calidad de su obra, destacando en ese mismo año la publicación de *Désert*.

Su obra cuenta actualmente con 16 novelas, diez ensayos, un diario de viaje, cinco libros de relatos breves, dos textos de cuentos infantiles y dos traducciones críticas de textos sagrados de los amerindios. Asimismo se han traducido al inglés y al español algunos de sus libros.

Le Clézio encarna hoy en día, a través de sus personajes, el eco de voces milenarias que han sufrido la guerra y la violencia de Occidente en los diferentes continentes del planeta. Sus historias realzan no sólo espacios imaginarios y simbólicos, sino también realidades históricas alrededor de las cuales se dignifica la existencia de seres vulnerables y oprimidos, despojados en gran parte de sus costumbres, de su identidad y de su cultura y como resultado de la influencia, la fuerza y la dominación del mundo occidental.

Dentro de la producción literaria del escritor, son nueve los libros dedicados a recordar la grandeza y la dignidad de las antiguas culturas de México. Con un estilo particular, Le Clézio intenta mostrar una nueva imagen del mundo amerindio, más allá de su folklore, del valor de sus artesanías, de sus ritos y del sentimentalismo de pérdida que ha persistido en siglos pasados.

Con la fuerza y la fragilidad de mitos y de sueños, Le Clézio describe al Indio encarnado,¹ al cual admira y con el cual se identifica desde su primer encuentro y a partir de sus diversas vivencias en América latina.

En la búsqueda de nuevos horizontes y huyendo del urbanismo frenético de las ciudades de consumo, J.- M. G. Le Clézio llega por vez primera a México hace 33 años y descubre un país enriquecido todavía por sus diferentes regiones indígenas. El encuentro y las experiencias del escritor con poblaciones autóctonas, se trate de los Huicholes, de los Mayas o de los Purépechas, forma parte de lo que él llama "*su propia revelación india*". En buena medida, sus "obras mexicanas" reflejan la riqueza narrativa y el poder mágico de estas poblaciones que el escritor evoca al encuentro con las culturas indígenas. La convivencia con los aborígenes de Panamá, en especial con los Emberas y los Waunanas, grupos que habitan una de las regiones más aisladas de ese país, le permitirá también asimilar todo un cúmulo de experiencias personales que provocan un cambio radical y significativo en la vida del escritor:

No sé cómo es posible pero es así, yo soy indio. Yo no lo sabía antes de haber encontrado a los Indios en México, en Panamá. Ahora, yo lo sé. Puede ser que no sea un buen indio. No sé cultivar el maíz, ni tallar la piragua. El peyotl, el mezcal, la chicha masticada no me causan mucho efecto. Pero por lo que resta, la manera de caminar, de hablar, de amar, de tener miedo, lo puedo decir de algún modo: cuando encontré a los pueblos indios, yo, quien no creía tener especialmente una familia, es como si de pronto, hubiera conocido miles de hermanas, de hermanos y de esposas[...]. (*Haï*, p. 7) [...] entre 1970 y 1974 tuve la suer-

¹ El amerindio se ha caracterizado por ser una víctima aislada que vive en la miseria, testigo de su cultura, fiel a sus orígenes, dotado de saberes misteriosos que lo acercan profundamente al mundo de la naturaleza.

te de compartir la vida con un pueblo amerindio, los Emberas y sus primos los Waunanas, en la provincia del Darián en Panamá, experiencia que cambió toda mi vida, mis ideas sobre el mundo, sobre el arte, mi manera de ser con mi prójimo, mi manera de caminar, de comer, de amar, de dormir, e inclusive mis propios sueños.

(*La fête chantée*, p. 9)

Durante sus estancias efectuadas en América Latina entre 1970 y 1997; Le Clézio logra privilegiar la memoria colectiva de cada una de las civilizaciones con las cuales tiene contacto. Por su particular trabajo con el lenguaje a través de las traducciones que realiza al francés de las *Profecías del Chilam Balam* (1975) y la *Relación de Michoacán* (1984), su acercamiento a fuentes de la literatura histórica le permite revelarse ante aquellos acontecimientos violentos y terribles sucedidos durante la Conquista y la Colonización de las culturas mesoamericanas.

Le Clézio profundiza en el análisis de todo un acervo de testimonios históricos y logra con un discurso poético y crítico, evocar el mundo de los *Indios*, el esplendor de sus costumbres, de sus ritos, de sus mitos, de sus dioses y logra reflexionar acerca de la trágica destrucción de civilizaciones que fueron brutalmente aniquiladas por los conquistadores españoles y durante la construcción de la Nueva España.

Es de este modo como Le Clézio inicia una trayectoria diferente, lejos de los ámbitos intelectuales o académicos para identificarse plenamente con los indios y con el pasado histórico de México. No obstante la edición de diversos libros del autor, pasarán 26 años desde la publicación de *Hai* en 1971, para la edición de *La fête chantée* en 1997. En ambos textos el autor retoma la esencia mágica del *Indio*, que actualmente se ha convertido, en una especie de símbolo redentor del Nuevo Mundo. Le Clézio lo hace con el objeto de engrandecer la riqueza cultural, humana y la sabiduría de las poblaciones autóctonas que vivieron en el pasado y aquéllas que han sobrevivido en el presente.

En el transcurso de estos años surgen también a la luz una serie de textos “mexicanos” publicados por Le Clézio, obras que confirman su espacio literario en México: *Mydriase* (1973), *Trois villes saintes* (1980), *Le rêve mexicain ou la pensée interrompue* (1988), *Pawana* (1992), *Diego y Frida* (1993) y las traducciones al francés des *Prophéties du Chilam Balam* (1976) y la *Relation de Michoacan* (1984).

Cabe señalar que un poco antes de 1968 en Santa Catarina, con los Huicholes, en 1967-1968 con los Cristeros mexicanos y posteriormente con los Emberas y los Waunamas de Panamá, así como con los Mayas de Yucatán y los Purépechas de Michoacán, Le Clézio inicia el itinerario de su “iniciación mexicana”, en compañía de su esposa Jemia y de sus dos hijas.

La inmersión de Le Clézio en Michoacán en este periodo, fundamentalmente con sus estancias en Zamora y Jacona, permitirán enriquecer la narrativa del escritor. Zamora será para Le Clézio, la reminiscencia de la mezcla de un pasado blanco, mestizo y mulato que vive su población actual. Jacona representará, de una manera especial, el mestizaje y la indianidad de la herencia purépecha. Indudablemente estos dos rincones provincianos poseen un significado simbólico para Le Clézio: para él constituyen dos regiones amerindias que unidas o separadas sobrevivieron a la Conquista y a la Colonización de los españoles. Zamora se prolongará a través de San José por Jacona y Tarecuato, dos pueblos místicos en la vida del escritor. Vemos, pues, que el texto de *Jacobo Daciano à Tarecuato* es una historia que figura en su libro *La fête chantée* editado por Gallimard en 1997, como una cálida evocación de sucesos significativos de la provincia mexicana. La versión del texto refleja la riqueza de un pasado histórico que el autor rescata en Tarecuato, pueblo perteneciente al estado de Michoacán y sitio donde la cultura purépecha dejó la huella de un nuevo humanismo conjugado con mito y barbarie.

De manera especial esta historia se alimenta de un contexto mágico donde el México indio y el México mestizo comparten su identidad a través de la presencia simbólica de Jacobo Daciano, imagen y leyenda viviente cuya historia se encuentra escrita en la propia historia de Tarecuato.

Yvonne Cansigno

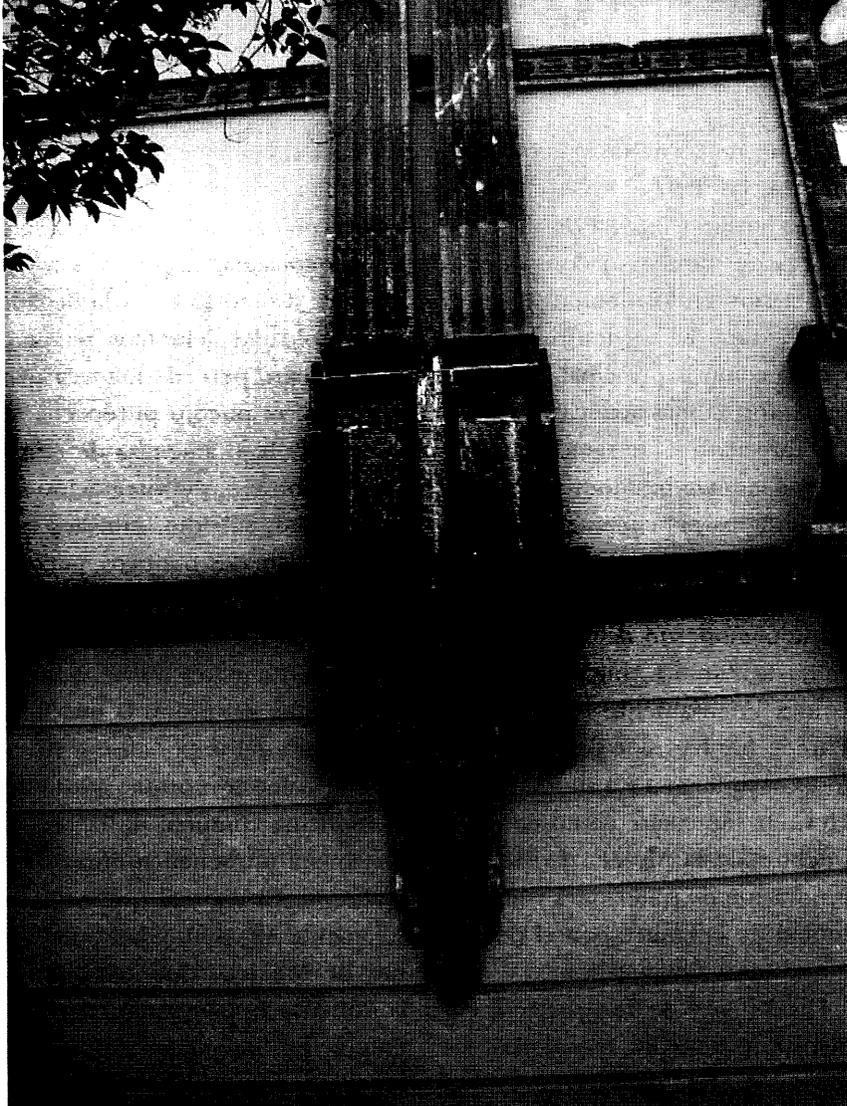
Tarecuato es un pueblo grande situado en las laderas de la sierra volcánica transversal, en el corazón del país que llaman Meseta tarasca, en contraste con el bajo relieve de Michoacán en donde se encuentran las ciudades mestizas de

Zamora, Sahuayo, Chavinda, Jacona y La Piedad. El pueblo es muy antiguo, probablemente fundado en el siglo XIII, en el tiempo de Cazonci Tangaxoan el Antiguo, o de su hijo Tzitzispandare, cuando las fronteras del im-

perio se extendieron hacia el oeste, en los confines del reino de Colima, en busca de nuevos dominios y con miras a controlar las minas de cobre de tierra caliente.

Tarecuato, en el momento de la conquista de Michoacán por los

soldados de Cristóbal de Olid, ya contaba con un millar de casas, y estaba construido, como todos los pueblos purépechas, alrededor de una *yacata* o plataforma ceremonial en la cual se encontraba un templo de madera. No lejos del pueblo, una montaña alta llevaba el nombre de *Tzintzun*, atestigüando el culto a un dios-colibrí que fue también el dios tutelar de una de las capitales del imperio, Tzintzuntzan, sobre las riberas del lago de Pátzcuaro. La llegada de los españoles en 1530 pone fin brutalmente al reino de los Purépechas. Privados de su rey (el Cazonci Tangaxoan Tzintzicha, ignominosamente torturado y asesinado por el conquistador Nuño de Guzmán) y de su clérigo, son despojados de sus tierras, reducidos a esclavos y encorvados bajo una pesada carga de impuestos y de trabajos forzados, desposeídos inclusive de su identidad y ataviados del sobrenombre irónico de *Taraskue*, vocablo que evoca a los “suegros”, ya que los conquistadores les habían robado a sus hijas. Estos señores estructuraron históricamente una de las más ricas y armoniosas sociedades amerindias, las cuales practicaban las artes, cultivaban la filosofía y vivían de acuerdo con un sistema de corporaciones llamado *uriecha*, asociación que prefigura al sindicalismo moderno y que hacía frente a la injusticia, al despojo, a los desórdenes morales, a la miseria física y a la tiranía, sin réplica de los nuevos señores, quienes les negaron todo derecho a la cultura, a la elevación espiritual y a la moral.



Berlín y Hamburgo, colonia Juárez.

La decadencia tocó primero los centros neurológicos del imperio, las tres ciudades a orillas del lago: Pátzcuaro, Tzintzuntzan e Ihuatzio. Los pueblos más apartados ofrecieron una mayor resistencia. Cuatrocientos años después de la ruina del imperio, Tarecuato, como Angahuan, Cheran y xOcumichu, sigue impregnado de la cultura ancestral. Tarecuato, en particular, ofrece una imagen muy cercana de aquélla que en 1540, descubrió Jacobo Daciano, el primer misionero que decidió instalarse ahí con el objeto de llevar la palabra de Cris-

to y de atenuar los sufrimientos causados por la Conquista. El pueblo, no obstante la presencia de un alcalde representando la autoridad de Morelia, continúa siendo dirigido por un grupo de cabildos - uno por barrio - elegidos entre los más ancianos y sabios, donde se puede reconocer al gobierno de los “Antiguos”, del tiempo del rey de Michoacán.

La vida moderna, la llegada del camino asfaltado y los viajes a los Estados Unidos no han interrumpido el curso de la vida de los Purépechas; el culto a sus antepasados,

el ritmo de las fiestas religiosas, la música, las danzas. los brebajes rituales marcan la vida de los habitantes de Tarecuato como debió haber sido en los tiempos Cazonci Tangaxian. La agricultura rural queda como la principal actividad, en su forma más arcaica y simbólica. Tarecuato sigue siendo el lugar de los *tarekua*, bastones ahuecados e utilizados para plantar el grano de maíz según costumbre inmemorial. A pesar de las tentaciones del mundo moderno de los *bajíos* (el valle de Zamora, lugar donde se cultiva intensamente la fresa), los Purépechas han sido fieles a sus valores, a su lengua y a su identidad. Hoy, en Tarecuato, como en otros pueblos de la Meseta, existe una renovación de tradiciones y una voluntad de enlazarse con el pasado grandioso y desgarrador.

Las mujeres de Tarecuato se encuentran entre las más bellas, las más elegantes, altas y finas en sus vestidos oscuros y envueltas en sus rebozos azul y negro, mas no como las mujeres aniquiladas y silenciosas de Arabia sino resplandecientes de belleza y de alegría, insolentes y parlanchinas, con la fuerza verdadera de este pueblo, que siempre ha resistido, con su forma particular de ser frente al deterioro del mundo que le rodea.

Sin embargo, ahora, el mágico equilibrio de la civilización purépecha se encuentra terriblemente amenazado. El empobrecimiento del suelo, la deforestación, el abandono de las tierras comunales y la ruptura de las tradiciones, es decir, la tiranía que ejercen las naciones

ricas sobre la mayor parte del mundo, son resentidas en Tarecuato.

Si Jacobo Daciano regresara, sólo podría constatar la progresión del desastre. Como lo fue a la llegada de los soldados demonios de Nuño de Guzmán, pero de manera más insidiosa, el pueblo purépecha se encuentra bajo amenaza de muerte: alcoholismo, desintegración de las familias, suicidio, muertes violentas, asesinatos políticos, emigración hacia el Norte arrancan sus fuerzas vivas a los habitantes de la montaña. La mayor amenaza no es aquélla que se ve sino la que lleva la máscara del imperialismo cultural norteamericano que substituye al esquema comunal de la región que busca un beneficio inmediato y egoísta. Es un mal que no toca solamente las comunidades indígenas de México, sino también al continente hispanoamericano por entero. En Tarecuato, simplemente, toma un sentido más fuerte, más dramático, a causa de la belleza y de la dulzura de antes, de esta plaza vieja como el Nuevo Mundo, donde los viejos en harapos y las jovencitas vestidas se peinan como azucenas y reflejan en algunos frágiles instantes, un cuadro de felicidad.

Es sin duda esta imagen lo que debió sorprender al monje franciscano Jacobo Daciano, el héroe del *Hermano Jacobo*, la novela más bella del danés Henrik Stangerup, en el instante mismo en el que éste llega a las lejanas montañas de Michoacán, al término de su errante camino: la plaza al pie de la *yacata* destruida, el pueblo reunido,

la belleza de las mujeres, la violencia de la destrucción a las puertas de la ciudad, un mundo que se ofreció sin armas a los nuevos demonios.

El mismo Jacobo Daciano, *Jacob le Dacien*, Jacob Johansen, a quienes los rumores apodan hermano caderete de Christian II, el rey que inspiró a Shakespeare en *Hamlet*. Él que estuvo en el corazón de la revolución más candente que abrazó a Europa por entero, cuando la toma del poder por los luteranos arrojó del Norte a todos aquéllos que habían adoptado la fe de François, el hermano de los pobres, y los condujo hasta los confines del mundo.

Jacobo había visto todo, había conocido todo del poder dominar al mundo, a los poderosos, a los malvados, a los iniciados, y sobre todo a aquéllos que dan luz a ese siglo de negrura y de brujería. François Rabelais quien, bajo el nombre de Alcofibras Nasier, François Rabelais emprende la revolución literaria más duradera. El pensamiento de Erasmo estaba todavía reciente, y Thomas Moro vivía aún en la corte de Inglaterra. La *Utopía* era entonces el libro más leído en Occidente, aquél que tendría la influencia más profunda en la época. Antes de que el hermano Jacobo se decidiera a surcar los mares hasta el Nuevo Mundo, otro franciscano, Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán, fundaba la primera república indígena siguiendo el modelo de Thomas Moro. En el emplazamiento del antiguo Uayameo, hoy Santa Fe de la

Laguna, sobre la ribera norte del lago de Pátzcuaro, se crea el primer hospital, el primer colegio y la utopía - regida por una serie de ordenamientos que colocan a los Indios fuera del alcance del brazo armado de la colonia española.

Las ideas brotan alrededor del hermano Jacobo, quien comprende que su destino le espera al término del viaje, en ese nuevo mundo en equilibrio al borde del abismo. Al igual que para los doce apóstoles que le precedieron -entre otros, Martín de la Coruña, Motolinía-, el encuentro con el mundo amerindio es un choque, una captura. Lo que espera al hermano Jacobo en Tarecuato es incomparablemente más fuerte que el reino orgulloso de México, venido abajo con la sangre y con el furor de la Conquista. Lo que le espera, en Tzintzuntzan primero, en Zacapu y en Tarecuato después, es la extraordinaria fecundidad poética de la gente de este pueblo, esos Purépechas que son "servidores" de sus dioses.

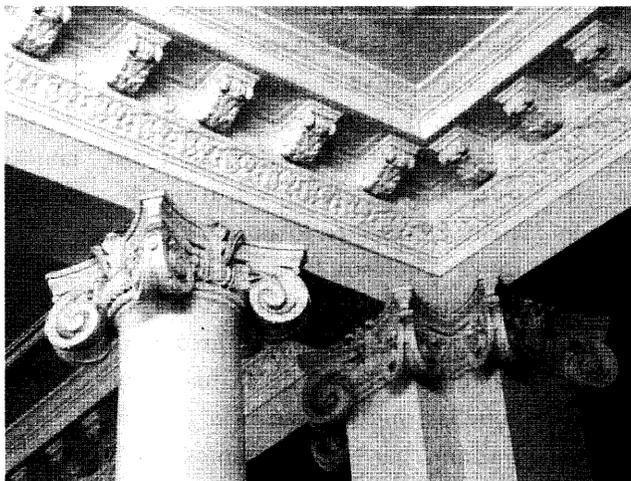
Curicaueri, el dios del fuego, Xaratanga, la diosa lunar, Huriata, el sol, Cuerauaperi, la diosa madre, quienes están todavía vivos en los volcanes, en los bosques susurrantes de donde se desprenden los orígenes. Ni la sombría doctrina del pecado original ni las sospechas de la Inquisición pudieron extirpar por comple-

to la religión antigua, y es el hermano Jacobo quien imperceptiblemente cambia su credo. ¿Pero acaso, no había venido él para esto, él a quien celo e indignidad de sus contemporáneos habían echado de su Dinamarca para permitirle encontrar el Nuevo Mundo? Es de este modo que François, el *poverello*, se encontraba bien aquí, en esos volcanes, en esos bosques, nacido en esta naturaleza libre, donde el sol, la luna y el fuego habían sido desde siempre sus hermanos y sus hermanas.

Jacobo trayendo consigo la fe cristiana, cumple la vieja profecía de los Purépechas, en la cual los dioses habían anunciado la destrucción de su dominio y la llegada de una nueva fe. La muerte de Tangaxoan, la violación de las mujeres, el pillaje de los templos y la esclavitud de los hombres petrifican a Michoacán en un estupor horripilante. En Tzintzuntzan, Jacobo lucha en vano contra las exacciones de la Iglesia. En su no-

vela, Henrik Stangerup consagra uno de los capítulos más simbólicos a la justa oratoria con el hermano Juan de Gaoma. Al negar así a los indígenas el derecho de volverse curas, la Iglesia relegó al mundo amerindio al rango de la barbarie, del cual sólo se sublevará a través de una revolución que le será confiscada tan pronto como surge. Los pobres de François solo conocen una victoria, aquélla en que el tiempo sin límites madura en el fondo de los bosques o sobre las cimas de los volcanes, en el agua de los riachuelos o en el susurro del mundo. Es hacia aquellos que Jacobo, al término de su vida, escoge regresar. Después de su muerte, su cuerpo embalsamado es llevado en secreto por los indígenas hacia las montañas, muy cerca de Curicaueri y de Cuerauaperi. Siglo tras siglo, el hermano Jacobo alcanza la inmortalidad de los héroes y de los santos. En la plaza de Tarecuato, los hombres y la mujeres continúan reuniéndose, comul-

gan con el maíz y el incienso, con el olor de los pétalos de las flores y la música de los *pirekuas*. Solo los naranjos centenarios evocan el día en que Jacobo se hará presente con su bastón de peregrino en la fuente, más abajo del convento. La mirada de Jacobo se encuentra por doquier, en los ojos de los niños, en las arrugas sobre las frentes de las mujeres



Interior de la Escuela Secundaria núm. 23 Juan G. Holguin en Marsella 40.

viejas del mercado, en la miradas impasibles de los Ancianos parados en la multitud.

Es el tiempo, el vértigo del tiempo que otorga su poder a este pueblo, como si pusiera en evidencia la otra cara de las cosas, el momento del nacimiento de los bosques, de las montañas. Inmutable, bajo el cielo azul sombra de la altitud, no desafía, no proclama, es lo que es lleno de fuerza y certeza. Aquí, los autobuses pueden pasar, haciendo rugir sus motores, yendo hacia Tinguindin, hacia los Reyes, o bien pasando el puente de la Cantera, hacia Jacona, Zamora, sin poder quebrantar ese lugar porque su magia es más fuerte que el deterioro del siglo.

Están las mujeres, sobre todo. Son tan bellas, tan conmovedoras. Ellas son así sólo en este pueblo. En otros sitios, en Pátzcuaro, en Angahuan, o bien en las ciudades coloniales de los alrededores, ellas pueden ser bonitas, elegantes, refinadas. Pero aquí, en Tarecuato, son mágicas, tienen un poder especial. Delgadas, altas, vestidas con su largo vestido azul oscuro, su camisa bordada de flores resplandecientes, el rostro y las espaldas envueltas en su *rebozo* azul-negro, llevan en ellas, a cada instante de su vida, en el mínimo de sus gestos, una fuerza que parece venir de lo más profundo del tiempo, que las une al lugar en que nacieron.

Caminan en las callejuelas del pueblo, descalzas en el lodo, o con sandalias de plástico con las correas rotas. Se sientan sobre la plaza del mercado, con las piernas encogidas, con el busto bien erguido,

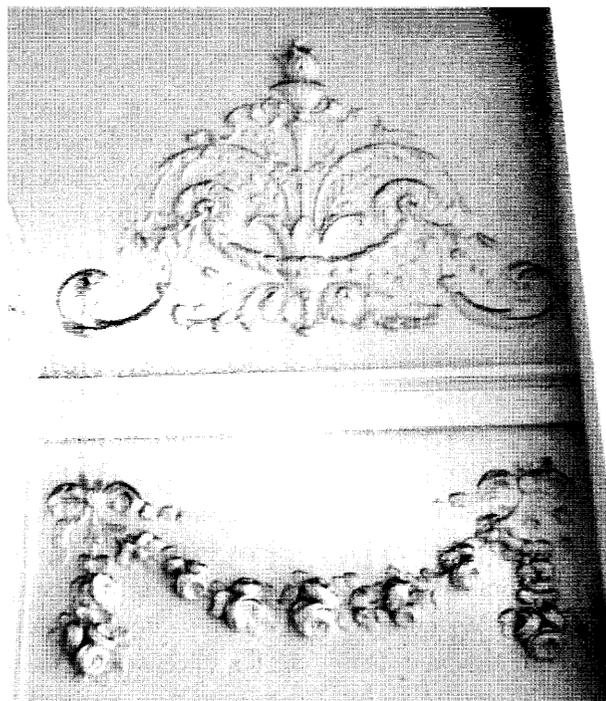
para vender aguacates, frijoles, chiles, o algunos panes ácidos elaborados con pulque. Su belleza es impasible, serena, lisa como sus cabellos que caen sobre su espalda. Su belleza es indiferente a las transformaciones del mundo que les rodea. En otros rincones, los hombres y las mujeres esperan en vano lo que va atenuar su miseria, lo que al fin apagará su sed, su hambre o su deseo. Pero aquí, en este pueblo lejano, encaramado como una isla, en lo alto de los volcanes nebulosos, las mujeres de Tarecuato no esperan. Son las mismas, llevando el azul profundo del cielo, el oro de la luz. Son aquéllas que fascinaron a Jacobo Daciano, hace cuatrocientos años, que pararon su caminar errante, que le dieron una tierra de arraigo.

Existen, raramente, sobre la tierra, o bien en medio de los océanos, lugares que tienen este poder, que nos perturban, nos afectan. Se oye el canto de las sirenas, el murmullo de las hadas, se ve el nacimiento del agua, de la luz, de los árboles. Se ve a la primera mujer cuyos ojos brillan con una luz extraña. El poder de estos sitios puede cambiarnos, porque nos hace conocer la verdad del mundo, su hechizo.

Bibliografía

Le Clézio, J.-M. G., Jacobo Daciano à Tarecuato (193-200 pp.), La fête chantée (1997), ediciones Gallimard, París, 241 pp.

Detalle de la decoración interior:



Marsella, núm. 40, colonia Juárez.